

inclinacion á los pasatiempos? No creas que esta doctrina es un mero consejo de perfeccion; es precepto formal y positivo que habla con todos, y á todos los estrecha con la mayor obligacion. ¡Cuánto te sorprenderás, cuánto te espantarás, cuál será tu asombro cuando en el último momento de la vida te pida el soberano Dueño estrecha cuenta de todo lo que recibiste! Trata de poner en práctica una reflexion tan importante.

2. Toma desde luego una viva y eficaz resolucion de tener siempre á Dios delante de los ojos en el uso de todos tus bienes y talentos. Si te hallas dedicado al sagrado ministerio, sea la gloria de Dios, la salvacion de las almas, y sobre todo, la tuya propia el principal motivo y como el primer móvil de todas tus funciones. Si estás dentro del mundo, no uses de tus bienes para otro fin. Del buen uso de estos depende tu salvacion.

DIA SEIS.

SAN BERTIN, ABAD DE SITHIEU.

Hacia el fin del siglo séptimo y hacia el principio del octavo dió el Señor al mundo cristiano un ejemplo de perfecto desasimiento, y un excelente modelo de la perfeccion religiosa en la persona de san Bertin. Era pariente cercano de san Omer, y por consiguiente su familia una de las mas nobles y mas poderosas del país. Nació en Goldenthar, patria de san Omer, ó por lo menos en el territorio de Constancia en el alto Rin, que separa al país de los Suizos de la Suabia. Fruto fué de la cristiana educacion que le dieron, y sobre todo de la gracia sobreabundante con que le previno Dios desde la infancia, aquella anticipada

virtud que se dejó admirar en el niño Bertin desde sus primeros años.

El esplendor de su nacimiento, la opulencia de su casa, su grande ingenio y las demás bellas prendas de que estaba dotado, todo concurría á prometerle las mayores esperanzas, abriéndole una carrera toda cubierta de flores. Presentábase el mundo á manos llenas lo mas lisonjero y lo mas tentador que posee en esto que se llama fortuna; no habia puesto tan elevado ni empleo tan distinguido á que no pudiese aspirar racionalmente. Conspiraba todo á brindarle con las conveniencias y con las mas exquisitas dulzuras de la vida en una edad en que la apariencia sola de los honores deslumbra, y la esperanza de los placeres encanta. Pero todos estos halagüenos atractivos hicieron poca impresion en el niño Bertin. El gusto que iba tomando á la oracion y á los libros devotos, las vidas de los santos que leia frecuentemente, su continua meditacion en las verdades eternas de la religion, y la tierna devocion á la santísima Virgen; todo esto le inspiraba disgusto y tedio á cuanto respiraba fortuna, elevacion y brillantez, comunicándole una grande inclinacion, un singular amor al recogimiento, á la soledad y al retiro. Movióle mucho el ejemplo que le acababa de dar su ilustre pariente san Omer, el cual, prevenido con la misma gracia que Bertin, lo habia abandonado todo por seguir á Jesucristo, y se habia ido á encerrar en el célebre monasterio de Luxeu, en el condado de Borgoña. Hacia tiempo que nuestro santo andaba tambien meditando volver las espaldas al mundo, y así le pareció que ya no debia detenerse mas en deliberar; por lo que, resuelto á imitar el mismo ejemplo, y á tomar el mismo partido, puesto que para ello le solicitaba tambien la misma gracia, sin dar oidos á las voces de la carne y sangre, se determinó en fin á seguirle.

Tenia Bertin dos amigos, llamados Momolein y Ebertran, que habian contraido con él la mas fina amistad, uniendo á todos tres la conformidad de genios y de inclinaciones, los cuales no bien entendieron su resolucion, quando le quisieron tambien acompañar en su retiro. Partieron todos tres á Luxeu, donde fueron tiernamente recibidos del abad san Walberto, que lo era á la sazón de aquella célebre y santa comunidad despues de la muerte de san Eustaquio, sucesor de san Columbano, su primer fundador, y que tanto la habia ilustrado con su santidad y con sus milagros.

Vivian en aquel santo monasterio, menos como hombres que como ángeles, mas de quinientos monjes, cuyo fervor creció visiblemente con el de los tres novicios. Sobresalia mucho en el ejercicio de todas las virtudes san Omer, que hacia algunos años se hallaba en el monasterio. Este fué el modelo que Bertin se propuso á sí mismo para la imitacion; y aunque el original descollaba tanto en las virtudes monásticas, presto se le igualó la copia. Desde luego se dejó admirar su modestia, su humildad, su mortificacion, su piedad y su frecuente trato con Dios en la oracion. Apenas podian comprender los mas ancianos lo mismo que estaban viendo; esto es, cómo un jóven ilustre dotado de tan nobles prendas, y en la flor de su edad, habia llegado casi á lo mas alto de la perfeccion dos meses despues que habia dejado el mundo. Verdad es que ahorró mucho camino su recogimiento interior, su exacta observancia hasta de las reglas mas menudas, y los rigores de su asombrosa penitencia; de manera que toda aquella numerosa comunidad de Luxeu no tuvo la menor duda en que con el tiempo seria el novicio uno de los mayores santos que ilustrasen al monasterio.

Acabado el tiempo de la probacion y noviciado,

hizo Bertin la profesion juntamente con sus compañeros; y considerando el superior los méritos de todos tres, y los grandes servicios que podian hacer á la Iglesia, los obligó á ordenarse de sacerdotes despues de haber recibido los demás órdenes sagrados. Con el sacerdocio adquirieron nuevo realce las virtudes de san Bertin, y por la disposicion con que recibió los sagrados órdenes mereció aquella abundancia de gracias y de dones sobrenaturales que acompañan al sagrado carácter quando se recibe dignamente. Parecia Bertin en el altar un abrasado serafin; tanto se manifestaba hácia afuera en divinos ardores y en dulces copiosas lágrimas el encendido amor de Dios que inflamaba su corazon. Habia sido promovido san Omer al obispado de Teruena, ciudad de los Países Bajos, en el condado de Artois, y trabajaba con felicisimo suceso en desmóntar aquel inculto campo, que despues de mucho tiempo estaba cubierto de maleza; y noticioso el abad de Luxeu de que el santo obispo tenia necesidad de obreros que le ayudasen á trabajar en la viña del Señor, le pareció no podia encontrar otros mas á propósito que san Bertin, Momolein y Ebertran, los cuales respetaban á Bertin como á su maestro en la perfeccion religiosa. Partieron juntos con la bendicion del abad, dejando á toda la comunidad muy desconsolada porque perdía san Omer con el gozo que acostumbran los santos, siendo siempre la virtud su verdadero principio; y apenas les dió su mision, quando se aplicaron á la instruccion de los pueblos con un zelo que no podia dejar de merecer las bendiciones de Dios.

Habiéndose encontrado con un campo que casi habia un siglo estaba enteramente abandonado, y que aun desde los principios no habia tenido mas que un cultivo somero y superficial, tuvieron que pade-

cer muchas fatigas, trabajos y contradicciones en un empeño tan arduo como era el desarraigar á un mismo tiempo la idolatría y los vicios que reinaban en el país, y civilizar las costumbres de aquellos pueblos todavía bárbaros y feroces por la mayor parte.

Muy en breve recogieron una abundante mies los tres varones apostólicos, tan poderosos en obras como en palabras; y echando Dios la bendición á sus zelosos trabajos, todo el país mudó de costumbres y de semblante, mudando de religion. No encontrando ya nuestro santo estorbo alguno que pudiese contener su fervor, soltó la rienda á su zelo; pero sin que las apostólicas fatigas le dispensasen de sus acostumbradas penitencias, siendo la mocion de sus palabras efecto de su tierna devocion. Persuadian sus ejemplos tanto como sus sermones, y ganaba los corazones de todos con aquella su dulce mansedumbre, que á ejemplo de Jesucristo hacia en parte su carácter.

Así cultivaba san Bertin con sus dos compañeros aquel silvestre terreno, que ya comenzaba á llevar tan copiosos frutos, cuando un señor del país llamado Ardeal, movido de las maravillas que obraban los apostólicos varones bajo la direccion de san Omer, y en reconocimiento de la gracia de su propia conversion, fué á ofrecer generosamente al santo prelado el territorio de Sithieu con todas sus pertenencias para que usase de él como juzgase mas conveniente á la mayor gloria de Dios y provecho de los pueblos. Viendo san Omer tanta multitud de conversiones como se hacian cada dia, y pareciéndole muy necesario algun retiro donde se pudiesen refugiar los que desearan servir á Dios apartados del comercio y del bullicio del mundo, consintió se fundase en aquel sitio un monasterio para san Bertin y sus dos compañeros, y para que se recogiesen en él los que se hallasen mo-

vidos á vivir en la soledad. Tal fué el origen de la célebre abadía de Sithieu, que por largo tiempo fué en el Artois un seminario de santos, como lo fué en Borgoña la abadía de Luxeu. Fundóse presto el monasterio; y apenas se halló erigido, cuando se halló poblado. El primer pensamiento del santo obispo fué que desde luego le gobernase san Bertin; pero el santo á quien sobresaltaba la sombra sola de prelacia, le supo alegar tantas razones, que al fin consintió san Omer en que Momolein gobernase el monasterio.

Muy en breve se hizo célebre en todo el país, renovándose en él aquellos grandes ejemplos de mortificación y de santidad que tanto se admiraron en los monasterios antiguos mas celebrados. Era la oracion continua, el coro perpetuo, la abstinencia y los mas rígidos ayunos las primeras reglas del instituto. No obstante de tener el monasterio buenas rentas, la comida ordinaria de los monjes eran raíces, pan y agua; lo demás se repartía entre los pobres. Nunca se evacuaba el coro ni de dia ni de noche, porque á todas horas se cantaban en él las divinas alabanzas, ni los mas penosos trabajos dispensaban jamás en estas santas vigalias.

Habiendo muerto en el año de 659 san Eloy, obispo de Noyon y de Tornay, fué nombrado el abad Momolein por sucesor suyo, y en su lugar entró san Bertin á ser abad del monasterio, sin que le valiesen sus razones ni sus lágrimas. Durante el gobierno de nuestro santo fué en rigor cuando el monasterio de Sithieu se hizo uno de los mas célebres del reino; pues apenas se extendió la fama de que era abad san Bertin, cuando de todas partes concurren pretendientes á ponerse bajo su direccion. Creció tanto el número de los monjes, que, siendo ya estrecho el nuevo monasterio, fué preciso fundar otro de mayor capacidad; y habiendo obtenido de san Omer la iglesia

de Nuestra Señora que él mismo había fundado á alguna distancia del monasterio, hizo construir nuevos cuartos en el mismo territorio de Sithieu, cerca de esta iglesia, y trasladó á ellos los monjes del convento viejo, que todo él se reducía á algunas malas celdillas; y este nuevo monasterio se dedicó con el nombre de la santísima Virgen y con el de san Pedro.

Creciendo cada dia la reputacion de nuestro santo acudieron al monasterio de Sithieu los señores mas calificados para pasar el resto de la vida en ejercicios de penitencia y de virtud bajo su magisterio y disciplina. Subió tanto su número, que, no siendo tampoco ya bastante el nuevo monasterio, fué preciso pensar en fundar otro tercero mas capaz, como efectivamente le fundó el santo en el castillo de Wormhault, que liberalmente le ofreció un señor llamado Hermar, y el santo abad le puso bajo la proteccion de san Martin, que fué tambien el titular de la iglesia.

Acompañaba san Bertin sus exhortaciones con sus ejemplos, y tuvo el consuelo de ver copiar á aquel gran número de monjes en el desierto de Sithieu los grandes modelos de penitencia, de observancia y de rigor que se creian encerrados para siempre en los desiertos de la Palestina. Sintióse muy decaido de fuerzas corporales, y totalmente oprimido por el peso de sus rigores y de su extrema vejez, quiso absolutamente renunciar la prelación para tener el consuelo de vivir y morir con dependencia y con subordinacion. Renuncióla con efecto en manos de su querido discípulo Rigoberto, dedicándose á solo Dios en su vida privada, para lo cual se retiró á una ermita consagrada á la santísima Virgen cerca del cementerio de los monjes, donde pasaba en oracion los dias y las noches.

Había entregado toda su confianza á nuestro santo

el conde Walbert, y ningun año dejaba de visitar muchas veces la iglesia del monasterio para confesar y comulgar y cumplir con sus devociones. Acabando un dia de comulgar, recibió una carta que le estrechaba para que se volviese luego á su casa, y con la priesa partió sin tomar la bendicion del santo como lo acostumbraba. Admirado un monje llamado Dodo del precipitado viaje del conde, significó su extrañeza á san Bertin, quien le respondió arrancando un profundo suspiro: *¡Ay Dios! ya el Señor le castigó, y harto severamente.* No bien acabó de pronunciar estas palabras el siervo de Dios, cuando llegó un criado del conde, y arrojándose á sus piés, le rogó que se compadeciese de su amo, el cual había caido del caballo y estaba medio muerto, molido todo el cuerpo, y ya casi espirando. Mandó Bertin que le trajesen un poco de vino, que tambien se halló allí milagrosamente; y echándole la bendicion, le envió al enfermo, el que apenas le probó cuando quedó enteramente sano, y él mismo fué á pedir al santo la bendicion juntamente con el perdon de su falta.

Pasó san Bertin el resto de sus dias en contemplacion, sujetándose por otra parte, como pudiera un novicio, á todos los ejercicios de la observancia regular; y en fin, despues de haber vivido algunos años sin otro pensamiento que el de prepararse para la muerte, la logró feliz el dia 5 de setiembre del año 709 á los 96 de su edad, ó, segun algunos, á los 112. Fué enterrado en la iglesia de san Martin, donde manifestó Dios su santidad con gran número de milagros. El año de 846, temiendo Fulquin, obispo de Teruena, que hurtasen este tesoro, le escondió, y no fué descubierto hasta 204 años despues. Colocáronse sus reliquias en una urna de plata guarnecida de oro y piedras preciosas, en la cual se conservan expuestas á la veneracion de los fieles.